Corbató,—que gracias á Dios nada ambiciona de este mundo,—se proclama á sí mismo Gran Monarca. ¡Como si en el mundo no hubiera más Sacerdotes que yo!

Digan, que de Dios dijeron. Dios es quien proclamará al Gran Monarca, contra lo que muchos esperan, y se verá que es Sacerdote. Creo conveniente reservarme las razones en que me fundo para afirmarlo, excepto una que expondré luégo. Las demás pueden indicarse en globo, diciendo que, en mi firme opinión, muchos de los hechos atribuídos por los profetas al Gran Monarca no pueden explicarse si éste no es Sacerdote; y por añadidura, la filosofía providencial de la historia conduce á la misma consecuencia.

La razón que me parece conviene exponer se funda en el capítulo VI del profeta Zacarías, cuya primera visión, que abraza los seis primeros capítulos, se refiere evidentemente al Gran Monarca y su tiempo. Antes que yo lo han dicho otros más sabios que yo, que de sabio tan poco tengo, y entre ellos citaré al ilustre Jesuíta Padre Vieyra, el cual, en su magno sermón *Palabra del Predicador empeñada y defendida*, aplica al Gran Monarca la parte más interesante de dicho capítulo VI.

Describe el profeta en este capítulo las cuatro carrozas que vió salir de entre dos montañas. Por las dos montañas entienden los expositores el poder y la providencia de Dios, y por las cuatro carrozas los cuatro grandes imperios de caldeos, persas, griegos y romanos. De modo que, según los Santos Padres y los Doctores, esta visión representa lo mismo que la estatua del ensueño de Nabucodonosor, descifrada por el profeta Daniel.

Pero en la estatua el imperio de hierro, ó sea el romano, se dividen en hierro y barro, esto es, en diferentes monarquías que hasta hoy duran, y luego viene la piedra desprendida del monte, que lo derriba todo

y llena el mundo. Es el imperio temporal de Cristo, que empieza ya con su Vicario temporal ó Gran Monarca. Así, en la visión de Zacarías, la última de las cuatro carrozas ó imperios es tirada por *equi varii et fortes,* por donde parecen indicarse las fracciones del imperio romano; y aun después se habla de unos caballos *robustísimos,* en los que algunos expositores hallan simbolizado el imperio turco. Después de todo lo cual, pone el profeta la coronación del Gran Monarca, llamado Jesús, y este es Sacerdote.

Para mejor inteligencia de todo esto, conviene leer el art. II del capítulo XVIII de la presente obra, por donde se comprenderá que Jesús, así como fué literalmente el Pontífice y príncipe temporal hijo de Josedech, así será, literalmente también, el Gran Monarca, á quien por ser un salvador y fiel trasunto del Salvador Jesucristo, conviene el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador. A Jesús Nuestro Redentor no se le puede aplicar sino alegóricamente la visión de Zacarías, por lo menos mientras dure la tercera generación de la humanidad (véase *Luz Católica,* núm. 37), por las razones expuestas en el capítulo citado. Habla el profeta de un monarca temporal, y Jesucristo no será monarca temporal hasta la cuarta generación, no siendo por medio de su Vicario el Gran Monarca. No deje el lector de repasar los lugares citados.

Paréceme que las cuatro carrozas pueden también simbolizar cuatro imperios ó dominaciones, harto más cercanos á nosotros que los antiguos; y aun diré que lo mismo pueden representar cuatro potencias, y acaso cuatro poderes, de los tiempos modernos. De cualquier modo que se considere, á las cuatro carrozas sigue el Gran Monarca, después de un gran castigo social, cuyo fin expresa el Señor por boca del profeta con estas palabras: «Hicieron descansar mi espíritu», esto es, *mi furor,* según la versión de los Setenta. Expongamos

ahora los versos que al Gran Monarca atañen. Aquí el profeta representa á la Iglesia.

«Y el Señor me habló diciendo: Toma las ofrendas de aquellos que han venido del cautiverio... Y tomarás el oro y la plata y harás unas coronas».

Dos coronas, por donde empieza ya á descubrirse que el Gran Monarca ha de ser Rey y Sacerdote. Están fabricadas con el oro y la plata de los que han venido del cautiverio, lo cual parece aludir claramente, ya al acabamiento del liberalismo que mata nuestra libertad, ya á la gran emigración de los extranjeros á España en los primeros tiempos del Gran Monarca, anunciada por varias profecías. Emigrarán huyendo de las guerras y grandes calamidades de otras naciones, según en su lugar diremos, con lo cual España aumentará en crédito, en riquezas, en población, y sobre todo en fe, pues entonces ya se verá clara la mano de Dios. Todo esto se comprende bajo el símbolo del oro y la plata.

«Harás unas coronas y las pondrás sobre la cabeza del Gran Sacerdote Jesús, hijo de Josedech».

Jesús, como hemos dicho, era Sumo Sacerdote y Príncipe temporal. Dos coronas le pertenecían; de oro por su sacerdocio, de plata por su imperio político. Traducimos *gran Sacerdote* y no *Sumo Sacerdote* como todos traducen, porque el texto de la Vulgata le llama *magnus*, grande, y no *summus* ó *maximus*, como suele decir la Sagrada Escritura cuando se trata del Sumo Sacerdote ó Pontífice de Israel. Sumo Sacerdote era Jesús; mas no hablando de él solo la profecía, sino del Gran Monarca que debía seguir á las carrozas, llámale Gran Sacerdote para que convenga á entrambos. El Gran Monarca no ha de ser Sumo Sacerdote ó Pontífice; pero sí Gran Sacerdote, por razones que de puro claras no necesitamos explicar. Es de advertir también que Jesús era hijo de Josedech, y Josedech quiere decir *Justicia del Señor*. Hijo de la Justicia será el Gran Monarca, es decir, vengador justiciero de la causa de Dios

hollada por los impíos y falsos católicos. Hijo también porque el Señor ha reprobado la raza de Saúl, la ha castigado, ejerciendo en ella su justicia, y esta reprobación y este castigo han engendrado un nuevo Rey, un pastorcillo, un desvalido que llega á ser el gran David.

«Al cual (á Jesús) *hablarás de esta manera: Esto dice el Señor de los ejércitos. He aquí el varón cuyo nombre es* ORIENTE; *y él nacerá de sí mismo y edificará un Templo al Señor.*

Jesús ó el Gran Monarca es aquí llamado Oriente, en lo cual convienen varios de sus profetas, y aun otros que no lo son. Oriente porque nace de la Iglesia católica docente, que es de donde nos viene la luz, y Oriente por otras muchas razones que en parte no es necesario decir y en parte no conviene. Y el nombre de Oriente no se lo da Dios sino en cuanto *Señor de los ejércitos*, lo cual es muy significativo. Habla á Jesús, al Cran Monarca, y parece que señale á un tercero diciendo: *he aquí el varón...*

Y hace notar la profecía de Disentis, confirmándolo en cierto modo San Francisco de Paula, que el Gran Monarca, al pronto, no sabrá de una manera cierta si las profecías hablan de él ó de otro: «He aquí el varón cuyo nombre es Oriente»; pero ¿es él mismo este Oriente, si él ha de verse en todos conceptos cruelmente abatido, como dicen los profetas? Eso es lo que él no podrá asegurar ante el público, por más pruebas interiores que tenga, hasta que los hechos le descubran paladinamente. Pero el ángel le dice, como á Zacarías y éste á Jesús, que el varón Oriente NACERÁ DE SÍ MISMO. ¡Cuántos misterios explica esta palabra! *Nacerá de sí mismo,* quiere decir que triunfará por la propia virtud de saber, ingenio, celo y constancia que en él ha puesto Dios, más bien que por la ayuda de sus pocos amigos y á pesar de la guerra de sus muchos enemigos. Quiere decir... mucho quiere

decir; pero yo nada más añadiré, porqne otra vez los maldicientes dirían que el P. Corbató canta sus propias glorias. ¡Se han empeñado en que he de ser yo y no otro el Gran Monarca!

Aplícanse generalmente á Jesucristo las palabras *nacerá de sí mismo*; pero en los lugares citados creo haber probado que Zacarías, lo mismo que Daniel, habla literalmente del Gran Monarca y no de Jesucristo, á no ser refiriendo las profecías á la cuarta generación. Edificará el Gran Monarca *un templo al Señor;* renovará la Iglesia, renovará el mundo, y el mundo todo será transformado en un templo. No sólo levantará este templo grandioso: opino muy fundadamente que en Jerusalén edificará un templo maravilloso al Redentor que por nosotros derramó allí su sangre.

(*Luz Católica*, núm. 44=1.º Agosto 1901).

«Él construirá un Templo al Señor, y quedará cubierto de gloria, y se sentará y reinará sobre su solio».

Repite el profeta que el Gran Monarca levantará un Templo al Señor, descubriendo con esta repetición la importancia del asunto y confirmando la profecía. El sentido principal de la repetición es que el Gran Monarca, príncipe y Sacerdote, además del Templo material edificará un Templo moral; ya en cuanto príncipe, protegiendo la Religión y fundando en ella todo el orden social y político, ya en cuanto Sacerdote, obrando de acuerdo con la Santa Sede la gran reforma de la Iglesia anunciada por los profetas. Ambas cosas le atribuyen éstos, describiendo las grandezas religiosas de aquellos días y la felicidad de los pueblos, todos fervientes adoradores de Jesucristo y colmados de bienes espirituales y temporales.

Esta grandiosa renovación *le cubrirá de gloria*, de suerte que eclipsará la gloria de todos los demás príncipes, y el mundo entero le venerará admirado; y en virtud de su gloria y de la universal admiración que producirá, habrá paz en todo el orbe, se consolidará la

potestad temporal con ayuda del Sacerdocio, y el Gran Monarca dará leyes sapientísimas, ahora quizá no sospechadas. Todo esto dice el profeta con las palabras *se sentará y reinará sobre su trono*. Y para que no se dude que habla del Sacerdote tanto como del príncipe temporal, repite la frase, como hizo al hablar del Templo, y dice:

«Y *estará el Sacerdote sobre su trono, y habrá paz entre ambos tronos*».

Que equivale á decir: «Pasaron las desavenencias entre las dos Potestades. Guerras crueles nacieron de la rivalidad entre el Sacerdocio y el Imperio; esas guerras no volverán, porque las rivalidades han desaparecido, siendo Sacerdote el Emperador universal. Es menester que el Sacerdocio sea tan ensalzado como humillado ha sido por las sectas, y recobre el lugar que le corresponde en las sociedades. Superior al Imperio es el Sacerdocio: aquél no domina en éste, antes bien, por éste debe ser dirigido. Casi todos los Monarcas han sido más ó menos tiranos, porque no siendo Sacerdotes, no tenían para los pueblos la caridad paternal que abriga el corazón del Sacerdote, y pretendían dominarlo todo en provecho propio. Castigo social más bien que don de Dios han sido los supremos dominantes de los pueblos, según esta sentencia divina: «*Por los pecados de la tierra hay en ella tantos príncipes*». La monarquía de los reyes no se concedió al pueblo judío en premio de sus virtudes, sino en castigo de sus pecados. Tenía antes la monarquía de los Jueces y Sacerdotes, y le fué arrebatada. Los Macabeos la restauraron, y por sus crímenes le fué arrebatada también, para que lo dominasen Herodes y los romanos. No será así en adelante: el Monarca será Sacerdote, habrá armonía absoluta entre el Sacerdocio y el Imperio, paz profunda entre las dos Potestades ó los dos Tronos, y hasta el Soberano Pontífice confiará al Gran Monarca la administración de los Estados de la Iglesia».

«Y serán las coronas como un monumento para Helem, y Tobías, é Idaías, y Hem hijo de Sifonías, en el Templo del Señor».

Fueron estos varones los que entre los libertados de la cautividad, como arriba se dijo, más contribuyeron á la coronación del príncipe y Sacerdote Jesús, cuyas coronas se fabricaron con el oro y plata de las ofrendas de ellos. Grabáronse sus nombres en las coronas, y éstas fueron depositadas *en el Templo del Señor*, sirviendo de monumento á la gloria de tan insignes varones. Lo mismo, relativamente, sucederá con la doble ó triple corona del Gran Monarca, el cual la depositará en el Templo y no admitirá ser coronado más que con corona de espinas, según dijimos en otros lugares.

Para mejor inteligencia, nótese que el significado hebreo de los nombres sobredichos conviene perfectamente á lo que harán con el Gran Monarca los principales amigos de éste; y por añadidura, dicen los hebreos que aquellos varones así llamados eran Daniel, Ananías, Azarías y Misael; el gran profeta que pronunciaba sus oráculos ante la corrompida corte de Babilonia, y los tres jóvenes arrojados al horno por no querer adorar la estatua de Nabucodonosor y librados del fuego por un milagro estupendo, mientras las llamas consumían á los atizadores del horno. Hay aquí múltiples y muy notables significados que se dejan á la consideración del lector.

«Y los que están en lugares remotos vendrán, y trabajarán en la fábrica del Templo del Señor».

Materialmente respecto del Templo material, moralmente respecto del moral; en el primero trabajarán con sus donativos, en el segundo con sus virtudes. Hasta en *los lugares más remotos* reinará Cristo socialmente por medio del Gran Monarca, y de allí acudirán muchos á visitar los Santos Lugares y el Templo que el Monarca debe construir. Voz común de los pro-

fetas es que todo el mundo parecerá un Templo, y gozará de una paz y felicidad cual nunca se habían visto.

«Y conoceréis que el Señor de los ejércitos me envió á vosotros; mas esto será si vosotros escuchareis con docilidad la voz del Señor Dios vuestro».

Esto es: «cuando viereis que mis oráculos se cumplen, especialmente la afluencia de los infieles y herejes al Templo ó Iglesia Católica, entonces conoceréis claramente que yo, Zacarías, no hablo por mi cuenta, sino que el Señor de los ejércitos es el que me envía para auunciaros estas cosas. Pero tened entendido que estas profecías no son absolutas, sino condicionales, esto es, su cumplimiento depende de que vosotros *escuchéis con docilidad la voz del Señor Dios vuestro.*

Como quiera se deben cumplir alegórica ó místicamente; pero literalmente no se cumplirán si con vuestros pecados os hacéis indignos. En ese caso, no me culpéis á mí de falsedad; culpaos á vosotros mismos, porque con vuestros pecados os hacéis indignos de las venturas prometidas con el reinado del Gran Monarca».

En efecto; razones gravísimas que no tenemos lugar de exponer nos convencieron años ha de que el *Gran Monarca* debía haber aparecido por los años de 1870; todo parecía concurrir entonces al cumplimiento de las profecías, lo cual vieron no pocos hombres de ciencia y virtud que muy fundadamente creyeron descubrir al Gran Monarca en D. Carlos de Borbón. La verdad es que el augusto Sr. Duque de Madrid parecía, tanto por sus circunstancias personales como por las de su familia y las de aquella época, el hombre de las profecías; pero nuestros pecados sociales nos hicieron indignos, como anunció Zacarías, y la venida del Gran Monarca se aplazó para principios de este siglo.

Es de advertir que cuando el cumplimiento de profecías tan trascendentales como estas se aplaza,

siempre el aplazamiento está anunciado por otras, de un modo que no deja lugar á dudas. Así, todo parecía convenir al tiempo sobredicho y al Sr. Duque de Madrid; pero examinando bien las profecías, hállanse muchas, v. gr., la presente, que de ningún modo convenían, sino que claramente se refieren á otra persona y á un tiempo posterior, cual es el presente, en el cual aquéllas y éstas coinciden de modo admirable, como ordenadas todas por el Dios Altísimo que las inspira.

(*Luz Católica,* núm 46=15 Agosto 1901)

V

Es conforme á la Tradición que un Sacerdote sea Rey.

Fernández de Navarrete nos ha dicho que en la ley Evangélica el Sacerdocio está separado del imperio temporal, como indicando que son incompatibles en el mismo sujeto; y cabalmente de las mismas enseñanzas tradicionales que el propio autor desarrolla con tanto acierto y erudición, síguese necesariamente que no hay tal incompatibilidad, antes bien el estado sacerdotal reune excelentes condiciones para hacer un buen rey, lo mismo que un buen ministro ó secretario.

La ley Evangélica está tan lejos de rechazar que un Sacerdote sea Rey, que precisamente la Cabeza visible de la Iglesia, á semejanza de Cristo que es Sacerdote y Rey, es también Sacerdote y Rey temporal.

En Polonia hubo un Casimiro I que fué diácono (para el caso es exactamente lo mismo que sacerdote) y lo que más es, monje profeso; cuyo reinado resume la Biografía de Feller con estas palabras:

»Siete años después de su diaconado, como los poloneses anduviesen siempre en turbaciones y partidos desde que él se retiró, obtuvieron de Benedicto IX, en 1041, que volviese

Casimiro al trono y se casase. Restituído, pues, Casimiro á Polonia, tomó por mujer á una hija del duque de Rusia, la cual le dió varios hijos. Civilizó Casimiro á los polacos, hizo renacer el comercio, la abundancia, el amor al bien público y la autoridad de las leyes. Arregló con toda perfección el interior de su reino y no se descuidó en atender á lo exterior. Derrotó á Maslias, gran duque de la Moscovia; conquistó de los boemios la Silesia, y estableció una sede episcopal en Breslau. Murió en 1058, habiendo reinado 18 años».

En España tuvimos también un diácono en el trono, y fué Bermudo, rey piadoso y quizá demasiado bondadoso, á pesar de la ilicitud de su matrimonio, para el que no pidió dispensa al Sumo Pontífice.

«Reinó tres años y medio, dice el P. Mariana; tuvo dos hijos, D. Ramiro y D. García, en su mujer Nunilón ó Ursenda, con quien se casó ilícitamente; pero después con mejor consejo se apartó de ella y perseveró en castidad toda la vida. En lo demás fué hombre templado y modesto, más amigo del sosiego que sufría el estado de las cosas. Verdad es que hizo una cosa muy loable y que dió mucho contento, es á saber, que en gran pro de la república tornó á hacer compañero de su reino á D. Alfonso, hijo de su primo hermano el Rey D. Fruela, el que despojó Mauregato».

No fué poco prescindir del amor á sus hijos y entronizar al rey legítimo de origen, dando con esto á España un rey tan grande y glorioso como Alfonso el Casto. ¿Hubiera pospuesto á sus propios hijos de este modo, un rey no ligado con el vínculo de las sagradas órdenes mayores? Bien puede pensarse que no. Y el mérito de Bermudo en este hecho resalta más si se tiene en cuenta que ya D. Alfonso, en cierto modo, había cosentido no ceñirse la corona de Pelayo, puesto que se puso al servicio de Bermudo. Encargóle éste el mando de las tropas cristianas, con las que D. Alfonso derrotó un gran ejército musulmán en la Bureba; y por fin, en 791, abdicó Bermudo libre y espontáneamente en el propio D. Alfonso.

Otro hecho se registra en la historia de España, harto más notable que el de Casimiro y el de Bermudo, y es el de D. Ramiro el Monje. «Apellidado así, dice

Pi y Arimón *(Barcelona antigua y moderna)* por ser monje y sacerdote (y Abad) del monasterio de San Benito, cuando en 1133 murió su hermano D. Alfonso I de Aragón sin hijos, y él fué elegido para sucederle. El reino impetró del Sumo Pontífice la competente licencia para alzar los votos del Príncipe; gracia que Su Santidad se dignó otorgar, atendidos los bienes que de ello debían resultar al país. Por consiguiente, don Ramiro ocupó el trono de Aragón, y luégo casó con D.ª Inés, hija del conde de Poitiers, en la cual tuvo á D.ª Petronila».

«Los aragoneses, dice el P. Mariana, en Monzón, do se juntaron, declararon por rey á D. Ramiro, hermano del rey muerto, aunque monje y abad de Sahagún, electo Obispo, primero de Burgos, después de Pamplona y últimamente de Roda y Barbastro. La corona que le dieron en Huesca juntó con la cogulla, y con la mitra la púrpura real, cosa en todo tiempo de grande maravilla. No pararon en esto las aficiones del pueblo: Magüer, que era de mucha edad, tanto que más de cuarenta años eran pasados desde que tomó el hábito en el monasterio de Tomer, le forzaron, para tener sucesión, á casarse con dispensación... De donde resultó otra maravilla; *ser uno mismo monje, sacerdote, obispo, casado y rey*».

Cuéntanse muchas fábulas y consejas sobre el reinado de Ramiro el Monje, que si no infaman su conducta, preséntanle ineptísimo y casi idiota; pero algunas son tan burdas, que ellas mismas prueban su mentira; de otras le vindican nuestros historiadores clásicos, concediendo, empero, que no tuvo grandes aptitudes de gobierno. Sin embargo, debe tenerse presente cuán difíciles eran aquellos tiempos, en que los más hábiles políticos solían estrellarse contra las dificultades y complicaciones que tanto abundaban así al interior como al exterior de las monarquías españolas; lo cual no obstante, D. Ramiro mantuvo en paz su reino y logró lo que tal vez otro no hubiera logrado, esto es, hacer paces con Castilla y unir á la corona de Aragón el condado de Barcelona, dando su hija en matrimonio á un hombre de tan notables pren-

das como Ramón Berenguer IV *el Santo*. Después de lo cual, se retiró otra vez al monasterio, haciendo vida de monje hasta el fin de sus días.

Ni Bermudo ni Ramiro pueden ser comparados en modo alguno con Casimiro de Polonia, que fué magno en su gobierno; pero en España tenemos todavía otro Sacerdote, incomparablemente más glorioso que Casimiro, y es el nunca bastante ponderado Regente Cardenal Cisneros. Cierto que no fué declarado rey; pero ocupó el lugar de rey y rigió las Españas mejor que el mejor rey. De la gloria de sus hechos están llenas las historias, por lo cual no necesitamos relatarlos aquí.

Con todo esto, también nuestras historias están llenas de los grandes abusos cometidos por la intervención de clérigos y Obispos en la política de la corte. En *Los Consejos del Cardenal Sancha* dedicamos á este asunto un largo capítulo de apretada historia. Deducimos de todo esto que la Tradición exige, como prueba Fernández Navarrete, que el Clero no sólo intervenga en la *política general del Estado*, sino que desempeñe algunos altos cargos siempre que convenga, como ha sido costumbre en España; pero que nunca, nunca debe mezclarse en la *política particular de la Corte* ni de los magistrados, presidentes, gobernadores, etc., cuando esta política no es en menoscabo de los derechos religiosos.

Y para que el Clero se contenga en los justos límites señalados, manifiesto es no haber cosa mejor que ocupar el trono un sacerdote ejemplar y en todo justo, pues él conocerá los defectos del Clero mejor que un rey lego y podrá aplicar los remedios que éste desconoce: porque, como dice el refrán, más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

Decir, pues, que el Gran Monarca será sacerdote, fundando esta opinión ó convicción en el testimonio de los profetas y en mil razones más, todas de mucho

peso, es cosa muy conforme con el espíritu de la Iglesia y con la historia y la Tradición de España; y decir que un rey no puede ser sacerdote es juzgar contra el espíritu de la Iglesia, la Tradición, la Historia y las profecías.

«Habiendo cuestiones mixtas de religioso y civil ó político, decíamos en *Los Consejos del Cardenal Sancha,* el Clero puede y debe intervenir en política bajo este concepto. Aun en los asuntos de mera política, que es *el arte de gobernar los pueblos*, hay una justicia, hay una moral, cuya doctrina pertenece de suyo á la Iglesia, maestra de toda moral legítima: luego aun en ese concepto el Clero puede y debe intervenir en política. Pero si en política procede el Estado según justicia, el Clero no tiene por qué intervenir si no es llamado, y mucho menos si se trata de cuestiones de pura administración, economía, personal, etc.

»Hay una política degenerada, rastrera, vil, que consiste en los vientos de Fronda, en las intrigas cortesanas, en las combinaciones de los ambiciosos, en conspiraciones y camarillas, etc, Todo clérigo debe evitar esa política como una serpiente venenosa, sopena de ser emponzoñado si se deja picar.

»La politicomanía ha sido en el Clero una plaga funestísima: ha hecho más daño que las herejías. Si mi voto valiera, yo haría dar una ley para que ningún Obispo se acercase por la Corte, no siendo llamado, ó por necesidad y con licencia expresa de su Arzobispo y éste del Nuncio, ó de otra manera análoga. Con una ley así, no recordarían las historias griegas y latinas tantos escándalos, ni tendríamos que lamentar en España tantos abusos y tantas luchas entre Papas y Reyes, nacidas casi todas de la política cortesana del «alto Clero». La ley está ya formulada en principio: *Ellos al Papa, é vos á la capa*. Desentráñese el significado de esta sentencia de Fernando el Católico, y está hecha la ley».

VI

Cómo empezará la restauración.

El Catalanismo.

Ahora bien: ¿cuándo se revelará el Gran Monarca, ó cuándo se sabrá quién es? Si vale nuestra firme opi-

nión, no se revelará él, sino que sus hechos le darán á conocer, y todos sabrán quién es sin que él lo diga. El día está muy cerca: todo se prepara vertiginosamente para su advenimiento. Pero aun cuando decimos *cerca*, no se entienda que ha de ser este mes ó el que viene. En nuestras *Memorias*, Diciembre de 1898, decíamos que todo se cumpliría dentro *de unos cuatro años*, á nuestro parecer.

Unos cuatro no son cuatro justos; pueden ser cinco. De todos modos, tenemos ya transcurridos dos y medio; y no por esto hemos modificado nuestra opinión, antes bien en ella nos confirman los acontecimientos, sin que por esto queramos decir que de ningún modo nos engañamos. Asimismo creemos que antes de terminar el año corriente se abrirán multitud de corazones á la esperanza, en vista de algunos acontecimientos hoy inminentes. Quizá no llegue el 1902 sin que los Crucíferos hayan empezado (1), porque antes del general cataclismo que se avecina ha de haber triunfado en España el Gran Monarca, venciendo á una república infame y efímera. Vamos al caos para que el Omnipotente pronuncie entonces el FIAT LUX.

«¡Iberia, Iberia! exclama el célebre profeta del Cominges; veo crecer tu poder y tu esplendor, y nada será capaz de contrastar la elevación y la fuerza de tus destinos. El simoún que sopla del desierto agosta las plantas más lozanas; pero á éste sucede una fresca brisa que reanima la naturaleza y devuelve su vigor á los vejetales marchitos. De las guerras civiles de los romanos, nació el gran reinado de Augusto; setecientos años de guerras en toda la Iberia formaron de ella el imperio más extenso que se había conocido; pero sólo sirvió para empobrecer á sus hijos. *¿Qué te queda de aquel poderío?* TODO LO PERDISTE, TODO, *menos el amor de tus hijos*; *éstos te ensalzarán.*

»Tú, Iberia, combatida por la tempestad de los partidos y por la ambición de los extranjeros, lucharás denodada contra sus combates; te costará sangre, tesoros, edificios... pero llegará el día de la bonanza, repararás tus anteriores pérdidas, y *la*

---

(1) Todo esto se cumplió, aunque muchos lo ignoren.

fama de tu gloria y esplendor se extenderá hasta las regiones más remotas».

También el famoso vidente de Turín vió á España que se engrandecía y reflorecía, después de otra visión que el Dr. Escolá describe de este modo en *Las Profecías:*

«La mirada profética del vidente se extiende hacia la envidiosa Albión que enciende, fomenta y mantiene el fuego en casa ajena con viles medios, y descubre una densa nube preñada de granizo que, llovido por doquiera con fuerte estrépito (guerras), unido á las furibundas olas del mar que la rodea, eclipsa su prepotencia y la machaca como la tempestad á la hierba del prado, dejándola envilecida».

Cuarenta años hace que esto se publicó, y hoy empieza á cumplirse lo último. Lo primero es una realidad que espanta: toda la prensa dedica largas columnas al fuego que Albión atiza en nuestra casa. ¿Quiénes salvarán á esta Patria sin ventura? *Sus hijos*, nos ha dicho el vidente del Cominges; sus hijos no son los que hoy la pierden; sus hijos son los que de tal modo aman á la madre Patria, que por ella están prontos á dar la vida. Sus hijos son los católicos españolistas, á cualquier agrupación que pertenezcan; y más especialmente son sus hijos los que se disponen á salvarla con Dios y por Dios á estilo de Macabeos, esto es, los Crucíferos; que si en acto todavía no existen, existen en deseo. «Todo lo ha perdido España, todo, menos el amor de *sus hijos;* éstos la salvarán».

Humildes son hoy sus hijos, pequeños, despreciados, tenidos por ilusos, perseguidos y calumniados; pero escrito está por San Vicente Ferrer, para nuestros tiempos y no otros, que:

«Llorarán los grandes, *los pequeños se levantarán* hasta perderse de vista, y en ellos estará la gracia y la influencia del cielo. **Su Príncipe demostrará el esplendor de su fe.** *Esto causará mucho ruido y mucha admiración á todos;* pero sólo se debe á Dios. La justicia estará por este Príncipe, y *su causa correrá á cuenta de Dios*».

A cuenta de Dios, nótese bien: ¿por qué se agitan tanto algunos hombres en apuntalar la ruinosa causa cuyo triunfo clarísimamente se ve que no corre á cuenta de Dios, antes bien Dios se lo niega? El Dios de los ejércitos es quien dará el triunfo al Príncipe de los humildes, al Fundador de los Crucíferos, que de niño habrá sido como santo, de joven gran pecador, y después convertido con la eficacia de San Pablo. Así lo vaticinó San Francisco de Paula, su principal Profeta: y para la obra que le está encomendada, no sólo tendrá la visible protección de Dios que en el capítulo I descubrimos y en otros explicaremos más detalladamente, sino que estará adornado con todos los dones del Espíritu Santo, en especial de discernimiento de espíritus y de profecía.

«Irá interpretando, dice San Francisco de Paula, los obscuros secretos del Espíritu Santo, y muchas veces será admirado por conocer los internos secretos del corazón de los hombres que le serán revelados por el Espíritu Santo».

Opinan algunos que no sólo será Sacerdote, sino Franciscano; pero los diferentes textos proféticos en que se apoyan no dicen que será Franciscano, sino que aluden á la devoción que tendrá á San Francisco de Paula, el cual le llama «mi hijo», y bajo cuya tutela pondrá los Crucíferos. Tan grande como su devoción y religiosidad será su intrepidez, así en las adversidades como en las luchas por la verdad y la justicia. La V. Sor Natividad dice á este propósito:

«Jesucristo me hizo ver un camino recto, pero obscuro y tenebroso, y todo lleno de guardias y personas armadas para impedir el paso. De repente apareció un hombre fuerte y robusto que quería pasar por aquel camino: en su izquierda llevaba una hoz y en la derecha una espada de dos filos, como si hubiese de luchar contra todo un ejército. No obstante las insidias y los esfuerzos de aquellos enemigos, este hombre valeroso é intrépido llegó fácilmente al fin, y de allí se volvió contra ellos para zaherir á su vez la flaqueza y cobardía de los mismos».

«Este pasaje, decíamos al citarlo en el núm. 18 de *Luz Ca-*

tólica, no necesita comentarios, porque es tan claro como pueda desearse. Si el lector necesita de ellos, medite un poco y se los encontrará hechos».

Todo este negocio está íntimamamante relacionado con el estado político actual de Cataluña, según dijimos ya. El Catalanismo no es separatismo; es para Cataluña lo que el Españolismo para España, y el título de Catalanista tiene con la patria chica la relación que el de Españolista tiene con la patria grande. Aparte los abusos y exageraciones de unos cuantos, no se puede ser buen Catalanista sin ser Españolista, ni Españolista sin ser Catalanista, porque el Catalanismo no es en substancia más que un amplio regionalismo de Cataluña, cosa que para sí debieran vindicar las diferentes regiones españolas.

Tomado en este concepto el Catalanismo, el primer Catalanista fué San Vicente Ferrer, el cual profetizó lo que en Cataluña está hoy pasando y lo que sucederá dentro de poco, hasta que Barcelona obtenga no solamente la autonomía regionalista, sino la independencia y la supremacía, siendo corte del Gran Monarca, esto es, corte de España y del mundo.

Podrá parecer muy rara nuestra opinión; pero es muy fundada, y no es la primera vez que de Barcelona nos ocupamos en este sentido. Acabando de explicar lo que sobre el caso indicábamos en el cap. X, art. IX, diremos que, en nuestra opinión, el Gran Monarca y sus Crucíferos empezarán en Valencia; pero una vez arregladas las cosas, fijará aquél su corte en Barcelona, y á esta capital se refiere San Francisco de Paula diciendo del varón de sus profecías:

«Coronado que sea de tres admirables coronas (de Sacerdote, Príncipe y Doctor) exaltará aquella ciudad, la hará libre, y corte del Imperio, y vendrá á ser una de las primeras ciudades del mundo».

Valencia obtendrá la misma suerte en cuanto quepa.

Repetimos que esto no pasa de ser una opinión

nuestra; pero contra ella no admitimos negaciones gratuitas, porque serios fundamentos, ya expresados, tenemos para opinar así. Y si ninguno más tuviéramos, bastaríanos la profecía *catalanista* de San Vicente Ferrer, muy conocida en Cataluña. Tenémosla hoy por auténtica, no obstante las ligeras dudas expresadas en otro lugar, y aparte la traducción del texto catalán que, cierto, no es de mano maestra. Copiámosla del libro *Las Profecías* del Dr. Escolá, omitiendo por brevedad la primera parte, ya inserta en el capítulo I.

«Parece que la gente y reino de Cataluña todos lo hayan abandonado y lo tengan irritado y enojado. ¡Oh tú, Cataluña! ¿Hasta cuándo quedarás confundida y postrada en la fe de Carlos, defendiendo la justicia?—¿Hasta cuándo permanecerás abatida por tu vana fe en el carlismo oficial, que gran parte de tus hijos tiene por el defensor de la justicia y de él espera tu salvación? ¿Hasta cuándo pretenderás defender tu justicia y tu derecho, sin obrar según la fe que debes tener en otro Carlos, defensor legítimo de la justicia y derecho de la Patria?—Los leones de Castilla te robarán la sangre y se reirán de tí; pero pronto lo llorarán y oirán tus voces convirtiéndote á Dios, porque te convertirás con grande estruendo y ruido.

»Levántate, levántate; no tardes á convertirte á tu Rey y Señor. *Dios te exaltará hasta que te veas con grande gloria, y muchos confesarán que este es el principado más feliz del mundo.*

»¡Oh tú, Barcelona, ciudad casta y leal! (más por lo que será que por lo que es) *en tí, contigo y por tí vivirá el águila Santa*—que principalmente significa al Gran Monarca.—¡Oh, si conocieras cuántas máquinas se han preparado contra ti, cuánto veneno y traición! Los ejércitos se prepararán contra ti, usurparán tus trigos y quemarán tus pajas; pero la influencia de las gracias de Dios obrará tus goces.

»La justicia clama hasta el cielo; no se confundan sus prevenciones y riquezas. Hasta al dormir, hasta al callar, alerta, y vela; hasta hacer una grande determinación, porque tu grande resolución los dejará avergonzados. Pronto, pronto, determínate á un hecho tan grande; despiértate del sueño en que yaces; mira que te pondrán en un mal guisado y muy desabrido y lleno de corrupción.

»Te verás como la vendimia en el cubo y te oprimirán mucho con grande confusión tuya; mas tu determinación descubrirá la traición y encontrarás la paz en la justicia, y el ruido de tus vecinos los oprimirá.

»La determinación y aliento abrasará á los grandes y orgullosos, limpiará la cizaña de los desafectos á la ciudad y al Rey, poniéndoles como oro en el crisol, examinándoles porque merecen grandes castigos, y muchos ser reducidos en ceniza y escoria de la amada Patria: *el rumor limpiará la mala sangre y el veneno de la víbora. Descúbrase la hediondez de tales embusterías, y no viva más.*

»El poder está en tu mano; eres poderosa, recélate, ve con cuidado, tus ojos siempre en Dios, y no dudes que él te librara de tus enemigos».

No comentamos estos últimos pasajes porque es peligroso; pero leyendo bien este capítulo, puede hallarse la explicación, que tal vez en algún punto, no en todos, convenga con estas palabras de otra predicción inserta en el mismo libro: «Vendrá un rey del Aquilón y vencerá, y será vencida Barcelona para que sea exaltada. ¡Soberbia cosa y mujer hermosa!»...

No todo esto se refiere á los principios de la gran restauración; abraza un tiempo más largo, quizá hasta el acontecimiento que el mismo San Vicente Ferrer anuncia con estas palabras:

«El gran duque Carlos conducirá de nuevo al Pontífice á la ciudad del Sol, y del mismo Pontífice será coronado emperador del Oriente y del Occidente».

Lo cual conviene con todas las profecías.

Hay en este artículo algunos puntos relativos al Carlismo que conviene ampliar para disipar dudas y evitar malas interpretaciones. Dedicaremos á esto el artículo siguiente, al mismo tiempo que descubramos nuevas señales características del fundador de los Crucíferos ó Gran Monarca.

(*Luz Católica,* núm. 47=22 Agosto 1901).

VII

Misión carlista.

En el artículo anterior descubrimos la relación de la causa del Gran Monarca con el Carlismo auténtico

y el Catalanismo auténtico. De lo primero volvemos á ocuparnos aquí, pues tal vez hoy no se hallará otro asunto de mayor interés político, dadas las cuestiones que entre los católicos españoles se agitan al presente. Poco hablarán los profetas; damos la preferencia á la razón, que por medio de la filosofía confirmará lo que predicen los profetas. Empecemos repitiendo lo siguiente del capítulo VIII:

«Diez años lo menos hace ya que el Sr. Secretario de la Junta Provincial Carlista de Valencia leyó un discurso nuestro en una velada literario-musical que el Círculo Carlista dedicaba á la Inmaculada Concepción de María; y en él decíamos lo siguiente, que arrancó no pocos aplausos:

«Nos bastaba *contener* (misión carlista) el desbordamiento de la impiedad, y lo hemos contenido. Por lo demás, si la Virgen está permitiendo nuestros infortunios nacionales, es para purificarnos con el fuego de la tribulación; es para que á fuerza de desgracias se convenzan todos los españoles de que la única salvación de la Patria está en la Fe Católica y en el amor de María; es para que, agobiados por la adversidad, abominemos de ese liberalismo vil que nos la causa, y así, abominándolo, seamos después *los salvadores del mundo.*

»España va hundiéndose en el abismo de la impotencia y de la miseria. Pues esto atribuirse debe á insigne favor de la Virgen, que por este medio, permitiendo que palpemos nuestra ruína, quiere que tengamos más motivos que otras naciones para odiar de corazón y de alma ese monstruo de falsa libertad que nos destroza. Y lo repito; así lo quiere, porque nos tiene destinados á que seamos de nuevo *los salvadores del mundo.* Hasta hoy lo hemos sido, y lo seremos en adelante».

Seguían pruebas de que hasta hoy lo hemos sido, las cuales pueden verse en dicho capítulo, así como nuestra opinión acerca del Gran Monarca que ya en aquel discurso declaramos públicamente. Esta y otras declaraciones movieron á un ilustrado Sacerdote á dirigirnos, para la publicación, el siguiente cargo, que tomamos del número 36 de *Luz Católica:*

«Cuando V. figuraba como uno de los campeones del tradicionalismo en la prensa carlista, algunos años ha, nos inclinaban á creer sus escritos que dicho Gran Monarca no era

otro que el duque «Carlos de Borbón», como se puede ver por algunos trabajos suyos en *El Centro*, de Valencia. Hoy, separado del Carlismo oficial, parece haber cambiado por completo de parecer en cuanto á la persona del Gran Monarca, pues nos declara que en su opinión se llamará Carlos, pero será Sacerdote. *¿Cur tam varie?* ¿Los desengaños personales influyen también en cuanto á opiniones y creencias en profecías?».

A esto respondíamos seguidamente:

«Los desengaños personales pueden influir hasta en eso, amigo mío, como influyen á veces en la vocación sacerdotal ó religiosa, que es más que eso; pero si yo he cambiado de opinión, crea V. que ningún desengaño personal ha infiuído; todo lo que puedo decir á V. es que un cambio de opinión respecto de personas monta muy poco, y en lo que monta suele ser porque *sapientis est mutare consilium*.

El caso es que yo no he mudado de opinión, ni he colaborado en *El Centro*. En el Círculo se leyó un discurso, cuyos párrafos relativos al caso copié en el número 31, precisamente para probar que mi opinión de hoy es la de siempre. Entonces pensaba, como ahora, que el Gran Monarca se llamaría Carlos, porque ese nombre le da Santa Brígida, ése San Vicente Ferrer, ése Telesforo y ése otros profetas; pero yo no diré si ese es el nombre de pila ó un nombre alegórico, porque otras muchas profecías le dan otros nombres, como Deodato, Luis, Víctor, etc., y algunas dicen que *tendrá un nombre nuevo*. Para mí esos nombres expresan sus hechos, por lo que significan, como Carlos, del latín *carus*, que quiere decir valioso, estimado, amado, querido.

Con todo esto, algún cambio hay en mi manera de ver; y para explicarlo, permítame que copie lo siguiente de una carta que á 4 de Julio de 1900 dirigí desde París á mi muy querido hermano y amigo el R. P. Fray Eusebio Escribano:

«Si alguna vez me importunaba el pensamiento de algo futuro, inconciliable con los derechos *históricos* de D. Carlos, esforzábame de todas veras en rechazarlo y aquilatar mi fidelidad, dando al augusto Jefe del Carlismo el título de *mi Rey*, para ver si mis ideas se disipaban haciendo actos contrarios á ellas. Mi tenacidad en considerar á Carlos VII como indudable rey de España en plazo breve, ha sido tan grande como la tenacidad con que espontáneamente me perseguían las ideas contrarias. Es más: no pocas veces, escribiendo cartas, memorias, ú otras cosas, me venía á la pluma el dictado de «tradicionalistas», ó «españolistas» ú otro semejante, y de intento decía «carlistas» ó «carlismo», por ir contra las ideas opuestas que á disgusto mío nacían en mí.

Así pues, y más no habiendo sido yo nunca carlista por personas, sino por causas, todo cuanto tengo escrito sobre lo porvenir del carlismo se refiere al Tradicionalismo español que *ha de salvar la Patria sin D. Carlos*. Y basta de esto; *la divina Providencia ha dispuesto las cosas contra las artes de mi tenacidad carlista*: adorémosla y esperemos».

Podríamos añadir que al Gran Monarca le convendrá también el nombre de Carlos por ser el sucesor de los tres Carlos, V, VI y VII, que han capitaneado los ejércitos de la Tradición española, Cruzados del siglo XIX, ó precursores de los Crucíferos del siglo XX. Y más particularmente puede convenirle por lo que el nombre simboliza, pues el nombre de Carlos y de su derivado carlista han sido como sancionados por una lucha de setenta años para expresar á los defensores del programa católico-monárquico de la verdadera España. Esto nos trae á la memoria lo que en el número 25, copiando también de una carta dirigida desde París á nn sacerdote, decíamos á otro:

«El Programa de D. Carlos ha de triunfar infaliblemente, y no sólo como es, sino perfeccionado (Véase *Luz Católica*, tomo 1.°, pág. 836, col. 1.ª). Bien puede decirse, por lo tanto, que D. Carlos triunfará, pues ha de triunfar su Programa: el triunfo que le importa es el de sus principios y no el de su persona. Por lo demás, lo que llamamos Programa de D. Carlos *lo es por adopción más que por verdadera paternidad*, pues el Duque de Madrid no ha hecho más que expresar las ideas y sentimientos de sus leales, redactados por Aparisi Guijarro y otros grandes hombres. Ese Programa no lo ha hecho una persona; *lo ha hecho España, y á ella pertenece*.

»María Antonia Gimeno, venerable peregrina española favorecida con espíritu de profecía, predijo que Carlos VI «no llegaría á reinar». Y un libro que yo tengo, de anónimo carlista, cita estas palabras y añade: «La promesa, pues, *deberá cumplirse* en el nieto de aquel (de Carlos V), que es el señor Duque de Madrid». Es decir, que para este autor, que fué un coleccionador indigesto de profecías, el profetizar que no reinaría Carlos VI era profetizar, ni más ni menos, que reinaría Carlos VII.

»En cambio, del mismo libro copio lo siguiente, que no puedo despreciar, aunque no lo tomo por artículo de fe: «La siguiente predicción la tenemos en una carta fechada en 23 de Julio de 1869 que nos remitió *un distinguido Prelado*.—Un Padre Jesuita me contó en 1864 una profecía que es *la más patente de todas*. Me dijo que en Alcalá se presentó sobre 1835 uno en forma de peregrino que dijo cosas tales sobre el no triunfo de los carlistas de entonces, y sobre los males que

había de sufrir Epaña, etc., y sobre que vendría más tarde *otro Rey* que había de remontar la España á su antigua grandeza, y que vivirían aun entonces algunos de los que allí estaban presentes». En efecto, hubo por aquellos años en Alcalá un peregrino profeta; si las palabras *otro Rey* y las que siguen son textuales del peregrino, todo aquel que conozca un poco el espíritu de profecía dirá que el *otro Rey* no puede convenir á ningún descendiente de Carlos V».

Juzgue el lector lo que quiera de todo esto, lo cierto es que se armoniza perfectamente con todas las profecías. Y volviendo á la venerable Sor María Antonia, muerta tercera franciscana en gran olor de santidad, diremos que sus predicciones hicieron tanto ruído en Francia como en España, según prueba Mr. Richadeaux en la *Femme Chretienne* y el abate Curricque en *Voix prophetiques*. En español publicó su vida D. Juan Antonio Alvarez, su director espiritual.

Un detalle interesente de las predicciones de Sor Antonia es que España se ha de salvar por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y por la intercesión de la Santísima Virgen. *Generalísima* en los ejércitos carlistas fué la Santísima Virgen y «*Generalísima*» se llama la bandera de su santa Imagen que sirvió de enseña á los tres Carlos; y en cuanto al Sagrado Corazón de Jesús, en el pecho llevaban su escapulario los soldados carlistas y al divino Corazón fué consagrado el ejército. No se mantuvo firme tan santa devoción y cayeron. Se levantará y ellos se levantarán.

Otro detalle es la descripción que hace de la Iglesia española bajo la forma de un templo destrozado, donde vió personajes que sostenían el altar, muy pequeño y deteriorado; los cuales se le dió á entender que eran los representantes de la real Familia desterrada. Aquí se ve claro lo que siempre hemos dicho de la misión del partido carlista en cuanto tal: *sostener*, *contener*, no triunfar, no siendo en cuanta causa que no depende de personas ni de familias ni dinastías. El triunfo viene después de lo dicho. D. Pedro Sánchez, confesor de

Sor Antonia, dice en una carta lo siguiente que copia el Dr. Escolá:

«Me ha dicho ya por dos veces la Peregrina que el Señor le ha dado á entender que no se han acabado los disturbios y persecución de la Iglesia española; que sucederá una grande (ahora empieza), aunque *no muy duradera,* DESPUÉS DE LA CUAL SE SENTARÁN LAS COSAS».

No se sentarán ya por obra del carlismo-partido, sino del carlismo-causa, esto es, del Tradicionalismo, llamado carlismo desde hace setenta años, bien que impropiamente; porque carlismo expresa partido de un Carlos y no programa de una Causa nacional; pero como el nombre no haga la cosa, no vemos perjuicio en usar de las palabras carlismo-causa, antes bien podemos hacer con ellas gran benenefìcio á los que todo esto fundan en una cuestión de nombre.

Con tantas guerras y tanto heroísmo, el partido carlista no ha triunfado. Fuese vencido ó vendido, para el caso importa poco, ello es que Dios no ha querido que triunfase, sino que *contuviese* hasta la aparición del Gran Monarca, y ha cumplido bien su misión hasta el presente, en que, por culpa de sus jefes, ya nada puede contener. Por terribles trances han pasado y están pasando la Religión y la Patria. ¿Qué han hecho los directores del partido carlista? Amenazar, prometer... y sus palabras se las llevó el viento.

Tuvimos últimamente guerra con los Estados-Unidos; perdimos las Filipinas, las Carolinas, Cuba, Puerto-Rico; perdimos la flor de la juventud, y una bárbara millonada, y el honor que vale más que todo; se firmó la paz del modo más infame; se vendieron territorios; estamos de nuevo en grandísimo peligro; es oficial la guerra á la Iglesia y en particular á las Ordenes religiosas. ¿Qué han hecho, qué hacen los directores del partido carlista? Seguir amenazando, seguir prometiendo...

Pero si cuatro bravos empuñan las armas y dan el grito de guerra carlista, se les declara oficialmente

traídores al partido de las amenazas y de las promesas. Hoy mismo se da por cierto que los calistas se mueven, quieren guerra para acabar con los tiranos; y los órganos oficiales que amenazan y prometen, de nuevo y previamente declaran traídor al primero que se levante. ¿Qué farsa es esta?

Poco talento se necesita para comprender que si el partido acaba, la Causa empieza. Los carlistas de causa y no de partido, que son la inmensa mayoría, no soportarán largo tiempo esta farsa. También á veces es profetizada la condición de que dependen las profecías condicionales. Eso sucede hoy; la condición se profetizó: ella y las profecías van á cumplirse. En cuanto se levante un hombre caracterizado con la bandera llamada hasta hoy carlista, la seguirán todos, ya que ningún jefe de partido la levanta, ó ya que la dejará caer si la levanta algún banderizo.

Negar todo esto sería negar la evidencia que arrojan las leyes providenciales de la historia, que aquí vienen en confirmación de todas las profecías. Los pecados del carlismo merecían castigos muy grandes, y los hemos recibido; sus virtudes heróicas merecen grandes premios, y vamos á recibirlos. A todos los buenos carlistas digo apropiando palabras del Apóstol:

«Traed á la memoria aquellos días antiguos, cuando después de haber sido iluminados, sostuvisteis con valor un gran combate con las pasiones; sirviendo por un lado de espectáculo al mundo, merced á las injurias y malos tratamientos que recibisteis; y por otro tomando parte en las penas de los que sufrían semejantes indignidades. Porque os compadecisteis de los que estaban entre cadenas, y llevasteis con alegría la rapiña de vuestros bienes, considerando que teníais un patrimonio más excelente y duradero.

«No queráis, pues, malograr vuestra confianza, la cual recibirá un grande galardón. Porque os es necesaria la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios, obtengáis la promesa, pues *dentro de muy breve tiempo vendrá aquel que ha de venir, y no tardará*». (Hæbr. X, 32-37).

(*Luz Católica*, número 53=2 Octubre 1901).

VIII

Los Crucíferos.

En otras partes hemos expresado nuestra opinión —llamémosla así aunque la tenemos por rigurosa consecuencia de lo sentado por los profetas,—de que los Crucíferos no formarán Orden religioso-militar canónicamente perfecta mientras el Gran Monarca no triunfe en España. Antes de este triunfo se reunirán, no desde el primer día para la lucha en el terreno de las armas, sino en el de las letras por de pronto, y hasta puede afirmarse que actualmente están ya en espíritu reunidos.

Pasarán, indudablemente, por muchos contratiempos y habrán de afrontar muchas persecuciones, una vez formalizados, por lo cual no es de suponer que descubran su título y sus fines al pronto, sino que aparecerán reunidos para otros fines y tal vez con nombre que no es el suyo.

En poco tiempo, y aun desde antes del triunfo, se multiplicarán de una manera prodigiosa, llegando á ser la Orden más numerosa que haya existido en la Iglesia. Esto fué difícil de explicar hasta hace poco; hoy no lo es, supuesta la persecución desencadenada contra las Ordenes religiosas. Podrán darse éstas por extinguidas, según nos han dicho los profetas.

Obligados los religiosos á vivir en el siglo, muchos desearán volver á la vida religiosa; mas no pudiendo en la Orden á que pertenecieron y movidos del celo y fama de los Crucíferos, abrazarán el instituto de éstos, donde habrá campo para los diferentes ejercicios á que hoy se consagran las Ordenes religiosas.

En efecto; los Crucíferos se dividirán en tres órdenes, cada uno con tres coros, como los Angeles; y si bien en profesión no ha de ser un orden más noble

que otro, pues todos profesarán la misma regla y formarán una sola familia á las órdenes de un padre ó superior general, cada coro tendrá una misión especial que cumplir, abarcando entre los nueve todo cuanto hoy hacen las diferentes Ordenes religiosas. Será una casa con muchas mansiones: *in domo Patris mei mansiones multæ sunt.* Los profetas nos dirán en qué se diferencian estas mansiones.

No tratamos aquí en particular de las grandes obras que harán los Crucíferos, que esto pertenece á otro libro; aquí pondremos lo que llaman líneas generales. Seguirá esta ínclita Orden, desde su principio, las mismas vicisitudes que el Gran Monarca su fundador, y tampoco del Gran Monarca hemos tratado sino á grandes rasgos, pues pertenece la historia de sus hechos á los libros que siguen al presente.

Omitiremos comentarios; bastará alguna nota cuando sea menester, pues en otras partes nos extendimos lo suficiente. Ante todo, repitamos algunos de los caracteres que los profetas atribuyen al Fundador, en cuanto tal y no todavía como Gran Monarca. Hallamos en las profecías muchos indicios y pruebas de que será Sacerdote, y su misma condición de Fundador y reformador de la Iglesia parece indicarlo; mas sobre este punto no queremos añadir una palabra más á lo dicho en el cap. XIV. Otras cosas conviene repetir.

«Será de humilde nacimiento, pero de buenas costumbres. A la verdad, será poco conocido, mas sí dotado de un gran ingenio y de una intrepidez invencible. Aunque ignorando (al pronto) su destino, se hallará dispuesto con mucha anticipación para esta reacción famosa, esto es, para dirigir esta guerra. Conocerá las predicciones sagradas que anuncian este memorable acontecimiento; pero no estará cierto de si le conciernen, sino á medida que se cumplan. *Obrará según la prudencia humana, mas el Omnipotente será su fuerza.* Desde el año 18*2 comenzará á proyectar esta célebre empresa, sin darla á conocer á nadie». (Dissentis.—V. *Luz Católica,* número 18).

«Este santo hombre será gran pecador (privado, indudablemente) en la juventud; y *después* (ya en la virilidad, que abraza de los 34 á los 54 años poco más ó menos) se convertirá al gran Dios con la eficacia que San Pablo. Será gran Fundador de una nueva Religión diferente de todas las otras. —Será en su niñez y adolescencia como santo, en su juventud gran pecador; pero *después* se convertirá á Dios y hará gran penitencia. Sus pecados le serán perdonados y se volverá santo». (San Francisco de Paula).

«Empezará á investigar los secretos de Dios sobre la larga visita y dirección que hará el Espíritu Santo en el mundo por medio de la santa milicia (de los Crucíferos). ¡Oh, hombre feliz, que deberá tener muy grandes privilegios con el Altísimo! Irá interpretando los obscuros secretos del Espíritu Santo y muchas veces será admirado por conocer los internos secretos del corazón de los hombres.—Mi Santo hijo... será clementísimo con los pecadores, mas no con los obstinados». (Idem).

«No pasarán cuatrocientos años (escribía esto el Santo á 13 de Enero de 1489) que la divina Majestad no visite al mundo con una nueva Orden religiosa muy necesaria, la cual hará más fruto en el mundo que todas las otras juntamente unidas. Será la última y mejor de todas». (Idem).

Pasan ya doce años de la cuenta, y tenemos por cierto qne es en virtud de las razones expuestas en nuestro núm. 52, artículo *De re prophetica*, III; mas en virtud de las mismas razones, la profecía se ha cumplido de algún modo; de suerte que hoy los Crucíferos existen en su triple concepto de conventuales, guerreros y hospitalarios; no tal como el Gran Monarca los ha de formar, sino como existieron los religiosos Carmelitas desde San Elías y San Eliseo hasta Jesucristo. Podríamos dar muchos datos, pero no nos conviene ser hoy demasiado explícitos: *omnia tempus habent*. De fechas hemos dicho bastante en esta obra.

«Los primeros de esta Orden serán de la ciudad de... ciudad en la cual abundan mucho la iniquidad, los vicios y los pecados. Se trocarán de mal en bien, de rebeldes á Dios en siervos suyos fidelísimos y fervorosísimos. Será tal ciudad amada de Dios y del Gran Monarca elegido y amado del Altísimo.—Cuando venga el tiempo de la grandísima y rectísima justicia del Espíritu Santo, quiere su Divina Majestad que dicha ciudad se justifique y que muchos ciudadanos sigan

al gran Príncipe de la santa milicia. El primero que llevará descubiertamente la señal de Dios vivo (insignia de los Crucíferos) será de la misma ciudad, al cual habrá escrito y mandado un santo ermitaño para que la lleve descubierta y grabada en el corazón.—Coronado que sea (el Gran Monarca) de tres admirables coronas, exaltará aquella ciudad, la hará libre y corte del imperio, y vendrá á ser una de las primeras ciudades del mundo». (San Francisco de Paula).

De esta ciudad hemos hablado diferentes veces.

San Vicente Ferrer, el Beato Grignon de Monfort y otros profetas nos dicen cuán eminente ha de ser la devoción de los Crucíferos á la inmaculada Patrona de las Españas: y San Francisco de Paula, su principal profeta, les llama repetidas veces «Santa Milicia del Espíritu Santo». El B. Bartolomé de Saluzzo los saluda en nombre de Jesús, de María y de la Cruz.

Aquí es muy de recordar lo que de la peregrina Antonia dijimos en el artículo anterior, acerca de la *Generalísima* de los ejércitos carlistas, ó sea de la bandera de Nuestra Señora de los Dolores, porque también Sta. Catalina de Raconigi, según nos dirá en otra parte su insigne biógrafo Pico de la Mirandola, vió que en la bandera de estos Cruzados se destacaba la imagen de la Santísima Virgen con su Hijo en los brazos, y encima una Cruz. Si alguien pensara que la profecía de San Francisco de Paula, en cuanto se refiere á los Crucíferos militares, empezó á cumplirse con el levantamiento de los ejércitos carlistas, de ningún modo tendríamos por infundada su opinión. Volvamos al texto profético.

«Ya se va acercando la hora en que la Divina Majestad visitará al mundo con la nueva religión de los Crucíferos, con el Crucifijo levantado sobre el más alto estandarte y de mayor lugar. Estandarte admirable á los ojos de todos los justos; el cual al principio escarnecerán los incrédulos, malos cristianos y paganos, mas después que vean las maravillosas victorias contra los tiranos, herejes é infieles, sus burlas se convertirán en lágrimas». (San Francisco de Paula).

«¡Oh santos Crucíferos, escogidos del Altísimo! ¡Cuán gratos seréis al buen Dios! Mucho más, por cierto, que lo fué

el pueblo de Israel. Dios mostrará por vosotros señales más maravillosas que jamás mostró por otro pueblo.—Reducirán el mundo á una santa vida y reinarán *in soecula soeculorum.*—Reformará (el Fundador) la Iglesia de Dios con sus secuaces, los cuales serán los mejores hombres del mundo en santidad, en armas, en letras y en todas las otras virtudes, que tal es la voluntad del Altísimo». (Idem).

«El Señor purgará el mundo y la Iglesia, para lo cual prepara un nuevo plantel de almas que obrará grandes y sorprendentes milagros». (Ana Maria Taigi).

«Renace la fe católica, se constituyen nuevos reinos al uno y al otro lado de los mares en que brillan hombres insignes en doctrina y santidad. SE HACEN DESCUBRIMIENTOS É INVENCIONES QUE AHORA (Septiembre de 1862) SON INCONCEBIBLES. A procurar estos bienes contribuirá singularmente una nueva Orden, nobilisíma por las virtudes ejercitadas por almas heróicas de todas condiciones, *tanto eclesiásticas como seglares* (los dos órdenes abrazarán los Crucíferos) que ceñirán el Rosario y la espada y vestirán tan pronto la cogulla de monje como la coraza de soldado. Estos soldados de Cristo, como esforzadísimos leones, se echarán contra los herejes, cismáticos y otros enemigos del catolicismo. Para ellos el morir será la más gloriosa victoria. Los impotentes para la guerra vestirán el hábito y se darán á la contemplación, á la oración, á la enseñanza, al servicio de los enfermos: no habrá bien alguno con el cual no enriquezcan ellos á la sociedad, á los huérfanos, á los indigentes, á la ciencia. Los enemigos mismos del catolicismo admirarán y envidiarán esta nueva milicia sagrada que nunca habia tenido igual». (El célebre vidente conocido por el nombre de Sacerdote de Turín, citado por da Macello, Escolá y otros).

«La legión más fuerte de este ejército se compondrá de religiosos *regulares y seculares»*. (B. Nicolás Factor).

«Será (el Gran Monarca) gran Fundador de una nueva Religión, diferente de todas las otras. *La repartirá en tres órdenes: de Caballeros armados, Sacerdotes solitarios y Hospitalarios piadosísimos.* Será la última Religión de todas y hará en la Iglesia de Dios mayor fruto que todas las otras últimas. Procederá *con las armas, con la oración y con la santa hospitalidad»*. (San Francisco de Paula).

Sor Rosa Colomba Asdente anunciaba también «ciertos »hospitalarios... y ciertos caballeros adornados de una cruz, »que combatirían en favor de la Iglesia». (Dr. Escollá en *Las Profecias*, etc.)

«¡Oh santos Crucíferos! Vosotros destruiréis la maldita secta mahometana; vosotros pondréis fin á toda suerte de in-

fieles, herejes y sectas del mundo, y seréis el acabamiento de todos los tiranos; vosotros pondréis silencio con perpetua paz por todo el universo mundo; vosotros haréis santos á todos los hombres, por fuerza ó por voluntad. ¡Oh gente santa! ¡Oh gente bendita de la Santísima Trinidad!—Será (el Fundador) gran Capitán de gente santa, llamada «los Santos Crucíferos de Jesucristo», con los cuales acabará la secta mahometana y el resto de los infieles.—Obtendrán el dominio de todo el mundo, tanto temporal como espiritual (nótese) y regirán la Iglesia de Dios hasta el fin de los siglos.—Estos siervos de Dios limpiarán el mundo con la muerte de un número infinito de rebeldes. El Jefe y Fundador de esta milicia será el gran reformador de la Iglesia de Dios». (SÁN FRANCISCO DE PAULA).

«Estando una vez en oración con mucho recogimento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de Angeles y muy cerca de Dios y comencé á suplicar á su divina Majestad por la Iglesia. Dióseme á entender el gran provecho que había de hacer una Orden en los tiempos postreros, y con la fortaleza que los de ella han de sustentar la fe».(SANTA TERESA DE JESÚS).

Antes de llegar á las armas, según otras veces hemos indicado y según varias profecías anuncian, los Crucíferos lucharán con la pluma contra los errores modernos. Véase la profecía de Dissentis. San Francisco de Paula lo anuncia terminantemente con estas palabras:

«Los Crucíferos, fidelísimos escogidos del Altísimo, no pudiendo vencer con la escritura á los herejes, se moverán impetuosamente contra ellos con las armas».

(*Luz Católica*, núm. 54=10 Octubre 1901).

IX

El triunfo del Gran Monarca en España.

Hemos llegado al triunfo del Gran Monarca en España. La filosofía providencial de la historia podría escribir un gran volumen sobre este trascendental

acontecimiento; pero los profetas dicen muy poco, y esto poco ha sido ya dado á conocer en los capítulos precedentes casi todo. Si nos atenemos solamente á las profecías, deduciremos clara y terminantemente, eso sí, que el Gran Monarca es español y debe triunfar en España antes que venga el cataclismo europeo, que él debe remediar; pero en cuanto á los medios de que se ha de valer, ó que Dios ha de poner en su mano para el triunfo, todo es tenebroso, parece un misterio impenetrable para la inteligencia humana.

Verdad es que los acontecimientos presentes dan alguna luz á quien sepa enlazarlos con las profecías, y que nosotros podríamos añadir tal vez á los acontecimientos algún dato particular; pero las circunstancias nos imponen no meternos públicamente en unas ni otras honduras, no siendo de la manera como lo haremos con los profetas, esto es, repitiendo y comparando cosas ya dichas.

Muchas causas pueden haber influído en que hayan llegado á nosotros tan pocas profecías sobre los indicados medios de triunfar en España, porque indudablemente hubo muchas más de las que se conocen. Tal vez una de dichas causas sea la funesta parcialidad de los coleccionadores franceses de profecías, y aun de los italianos, unos y otros más aficionados que los españoles á estos asuntos. Coleccionadores hubo que no temieron falsificar ó truncar los textos proféticos, con tal de poderlos aplicar á su patria ó á un rey determinado.

Sea como sea, juzgamos que de esto ha venido providencialmente un beneficio. Si conociera el público los medios de triunfo, conoceríalos el gobierno, y excusado es decir lo que de aquí podría seguirse cuando los hechos empezasen á demostrar á todos que es muy serio este asunto del Gran Monarca. Adoremos la Providencia y esperemos: Dios lo ha de hacer.

No diremos que el temor á los gobiernos haya in-

fluído en los profetas, pero sí en sus coleccionadores, en sus anotadores y comentadores y hasta en sus copistas. El Dr. Escolá, v. gr., en su libro *Las profecías*, reproduce una tomada de la copia que publicó traducida del latín *El Reparador*, de Madrid, y está truncada por este periódico, porque habla de España. Hay también una edición moderna de las Revelaciones de Santa Brígida, y en ella se ha suprimido todo la relativo á España y al Gran Monarca. El traductor español (1) de las *Voix prophetiques*, del abate Curicque, suprimió asimismo, y por la misma razón, la profecía del V. Padre Coma, la cual ni menciona siquiera.

No conocemos el texto castellano de ésta profecía; pero debiendo ponerla aquí, la traduciremos fielmente de la misma edición francesa (la 5.ª) que sirvió al traductor español, omitiendo lo que no haga muy al caso y suprimiendo comentarios. Dice así:

«El Padre Jacinto Coma, piadoso y sabio religioso de la Orden de San Francisco, en España, donde murió en gran reputación de santidad, es conocido en Francia y en Bélgica por su profecía tocante á los acontecimientos actuales (distantes entonces del profeta más de 20 años. Sigue cumpliéndose). Fué sacada esta profecía de un sermón que el P. Coma predicó en 1849 á las Religiosas de la Inmaculada Concepción, de Manresa; y es tan notable, que según se dice, debe figurar en el proceso de beatificación del P. Coma».

«Los gobiernos, dice el profeta, que rigen hoy los destinos de la raza latina, están degradados, y lo que es peor, han degradado á sus pueblos.—La Italia, regada con la sangre de tantos mártires, es la esclava de una demagogia diabólica que ha llegado á constituírse en consejera del poder.—La Francia de San Luis, la hija primogénita de la Iglesia, se han convertido en la Francia de Voltaire.

»*Y nuestra pobre España, que palmo á palmo ha sido conquistada por la Cruz, se ha convertido en un pueblo de ilotas que corre al precipicio y lucha por romper con sus tradiciones, su Historia y su propia manera de ser.*—La negación del prin-

(1) Lic. D. Pedro González de Villaumbrosia, Canónigo de la S. I. M. de Zaragoza, Examinador sinodal, Misionero apostólico, etc. etc. (Edit. en Barcelona, año 1875).

cipio de autoridad en política ha producido necesariamente la negación del mismo en religión.

«Así, pues, no os asombre si veis un joven é inexperto monarca (¿Amadeo?) derribado de su trono por maquinaciones tenebrosas, buscando un asilo en la Ciudad Eterna; no os asombre si veis la vana é ignorante impudicicia de una mujer derribada por los mismos que de ella han participado, buscando un triste asilo en un foco de corrupción (París); no os asombre si veis el orgullo y la hipocresía que debían su elevación á la espada, recurrir más tarde (desde aquí, futuro) aunque inútilmente, á la misma espada para sostenerse: *no os asombre si veis la flaqueza, ya precozmente maliciosa, derribada por los mismos que derribaron la vana é ignorante impudicicia de una mujer; no os asombre, en fin, si veis á un ladrón coronado caer ignominiosamente en el momento mismo en que, si bien forzado, va á consumar un nuevo robo sacrílego.*

«Esto que acabo de deciros, mis carísimas hermanas, no lo comprenderéis ahora; pero muchas de vosotras verán más tarde cómo se cumplen mis palabras». (Muchas vieron cumplidas).

«**La Providencia se reserva un medio imprevisto que hará de un solo golpe lo que, según el curso natural de las cosas, pediría mucho tiempo. Entonces será cuando los hombres abrirán los ojos á la realidad y todos se levantarán contra los usurpadores y los detractores de la humanidad**».

Tiene todo esto grandes analogías con la profecía traducida por *El Reparador*, como hemos dicho; en ella, no obstante el aparecer truncada, se descubren los partidos españoles, las guerras, el rebajamiento social y político en todas las esferas, la esperanza carlista, la esperanza alfonsina fundada en la próxima coronación, la esperanza en el Gran Monarca, que es la única sólida, la exaltación de Barcelona, etc., etc. Véase.

«¡Ay de tí, España! Naciones se reunirán en tí y tus hijos más ilustres serán dispersados.—Será vencida Barcelona para que sea exaltada.—¡Soberbia cosa y mujer hermosa! Muchos años hace que se representó en el cielo lo que ahora ha de suceder.—Se desvanecerán varones ilustres, se marcharán y no estarán en pie.—Por estos tiempos será seducida España por el mal gobierno. Aquí los pájaros harán nido. La Monarquía estará llena de engaños y asechanzas. Las noblezas se desharán en vanas palabras. *En vano trabajarán los que se prepararon para la guerra. No saben lo que se piden. Esta causa no debe temerse;* OTRA SE PREPARA».

También la célebre predicción del abate Werdin, llegando á nuestra época y abarcando, al parecer, nuestras guerras civiles y coloniales, pronunciamientos, revoluciones, etc., que todo nace de la misma causa, dice, para anunciar luégo la paz del Gran Monarca.

«En aquel día (tiempo) habrá en el país del León una guerra entre los príncipes, más cruel que todas las que han desolado al mundo, y habrá un diluvio de sangre».

Igualmente la predicción de Vatiguerro, de la que dijimos algo en el cap. III, llega cronológicamente á los tiempos aciagos en que aparecerá el Gran Monarca, y antes describe la abolición de los fueros, las guerras carlistas y quizá lo que va á pasar en Cataluña, con estas palabras de admirable concisión y sentido profético:

«Entre los aragoneses y los españoles estallarán grandes turbaciones y desuniones, y se combatirán mútuamente, y no habrá paz entre aquellos dos reinos hasta que el uno de ellos sea casi del todo destruído».

(*Luz Católica*, núm. 58=7 Noviembre 1901).

Castigos espantosos sobrevendrán á todos los pueblos desde ahora hasta que el Gran Monarca, arreglada interiormente España después de su triunfo, tome parte en la guerra europea para acabarla y establecer la paz en los pueblos cristianos.

De esto se desprende que el triunfo de la impiedad en España será muy efímero, dado que pueda llamarse triunfo lo que el Gran Monarca ha de convertir en seguida en vergonzosa derrota. No se olvide la predicción del venerable P. Coma, y añádase lo que Pío IX, á 17 de Abril de 1872, dijo á los peregrinos de diferentes naciones en un discurso considerado por todos profético.

«Bendigo á España, decía, nación eminentemente católica, nación cuya tierra ha producido tantos santos á la Iglesia, de los que un gran número fueron tipos de extraordinaria mortificación. Vivimos en unos tiempos, mis carísimos hijos, en que se ignora esa mortificación, en que muy pocos la desean; bendigo, pues, á esa tierra de España, bendecida tantas veces por Dios y santificada por el ejemplo de tantos Santos. Pero